bién deseo y me ha traído a tu presencia con ansias de verlo remediado. Motecuhzuma, que había estado muy atento, perdido todo recelo abrazó a Cortés; de nuevo le ofreció su persona y casa y respondió de nuevo a todo; y despidiéndose de él le preguntó que si aquellos de las barbas eran todos sus vasallos o esclavos suyos para tratar a cada uno como convenía. Dijo que todos los más eran sus hermanos, amigos y compañeros y que entre ellos había unos más principales que otros. Fuese Motecuhzuma, y de las lenguas se informó quiénes eran los más principales y envió a cada uno un presente conforme a su calidad, llevado por personas según el autoridad de aquel a quien se enviaba.

CAPÍTULO XLVIII. *Cómo Fernando Cortés pide licencia al rey Motecuhzuma para ver la ciudad y mercado y el templo mayor; y recaba licencia para hacer una capilla donde se dijese misa; y tuvo aviso de cómo los indios mataron a Juan de Escalante, su teniente, en la Vera Cruz o Villa Rica*

ASADOS ALGUNOS POCOS DÍAS que Fernando Cortés, con gran cuidado anduvo considerando el asiento y fortaleza de la ciudad, y por una parte lo mucho a que se había puesto y por otra las dificultades que se le ofrecían para salir con ello, porque ya le llevaban nuevas temerosas, que aunque procuraba de deshacerlas dando ánimo a los que se las daban, eran por la mayor parte verdaderas. Decían que toda la gente noble trataba con mucho secreto con Motecuhzuma, por formas no acostumbradas, y que se hablaba de matar a los castellanos, lo cual solicitaba el demonio a quien se tuvo por cierto que Motecuhzuma diversas veces pidió consejo, y que le decía que ya era ocasión para que a tan pocos hombres sacrificase y con su sangre honrase a los dioses. No estuvo fuera de este propósito Motecuhzuma, si el ser de su condición natural piadoso y el miedo que tenía a los castellanos no se lo estorbara, porque demás de las victorias de Tlaxcalla, el caso de Cholulla había dado gran reputación a Cortés por toda la tierra y puesto gran miedo en toda la gente. Estando pues Fernando Cortés en tanto cuidado, con mucha sagacidad trataba con los ministros de aquel rey, haciéndose con ellos agradable, procurando que su gente procediese de la misma manera y no diese causa de enojos ni pesadumbres. Pidió que se le diese licencia para ver la ciudad y el mercado y fue a ello bien acompañado; y después entró en el templo mayor de el dios Huitzilopuchtli, adonde estaba el rey, hízole reverencia, suplicóle que le mandase mostrar sus dioses y el culto que se les hacía. Tratólo con los sacerdotes y no habiendo hallado inconveniente le mostraron cuantos había en aquel gran templo. Díjole Cortés que se maravillaba cómo tan gran príncipe y tan sabio, no echaba de ver el engaño de aquellos ídolos y que si le daba licencia que allí pudiese poner una cruz y la imagen de la ver-

dadera madre de el omnipotente Dios, confiaba que presto saldría de aquel error. Y aquí, volviéndose a Pedro de Alvarado, le dijo que no temiesen, que Dios nunca falta a los que con valor cristiano emprehenden las cosas. Motecuhzuma le respondió que si entendiera que había de hacer tal deshonra a sus dioses, que no le dejara entrar en el templo; de lo cual también mostraron sentimiento los sacerdotes. Dijo que por entonces se quería quedar en el templo y que Cortés se fuese a su alojamiento. Trató con los mayordomos que le diesen licencia para hacer una capilla, adonde con decencia se pudiese consagrar y decir misa, porque para ello se ponían unas mesas que se quitaban luego, y quería Cortés que demás de que hubiese adonde a todas horas los castellanos pudiesen rezar y encomendarse a Dios, viesen los indios cómo trataban las cosas de el divino culto y cómo se gobernaban en su religión. Los mayordomos no se atrevieron a permitirlo; y envió Fernando Cortés a Gerónimo de Aguilar, a Marina y a Orteguilla, paje suyo, que iba aprendiendo bien la lengua, para que le informase de el efecto para que pedía aquella licencia y de su parte se lo suplicasen. El rey la dio, y indios que ayudasen a la fábrica con todos los materiales que fueron menester; y por la traza de dos castellanos que lo entendían, con el ayuda de los indios, la capilla fue hecha en dos días. Púsose el altar, las imágenes y lo que convenía conforme el pobre recaudo que entonces tenían; y delante de la puerta, en el patio, también se puso una cruz de palo para que generalmente los indios viesen la reverencia que los cristianos le hacían. Díjose luego misa, y algunas veces cantada, oficiando el padre Juan Díaz con algunos que lo sabían hacer; y hasta que se acabó el vino, ningún día se dejó de decir, andando siempre Fernando Cortés con maravilloso cuidado de que sus soldados viviesen ejemplarmente y diesen muestra de católicos cristianos, significándoles siempre cuanto importaba su ejemplo en esto; pues eran los primeros de quien los idólatras le habían de tomar para recibir la fe católica, que era el principal fin que habían de tener, y que entendiesen que convenía tener buena disciplina que era acudir a todo con voluntad, tener honra y obedecer a lo que se les ordenase, porque con estas cosas les aseguraba que no les podía suceder desastre ninguno y que de otra manera no negaba el peligro en que se hallaban.

Llegaron en esta ocasión dos hombres de Tlaxcalla en secreto, con cartas de la Villa Rica, en que le avisaban a Fernando Cortés que Juan de Escalante, a quien había dejado por su teniente, alcaide y alguacil mayor, era muerto, con seis soldados en una batalla que tuvo con las guarniciones mexicanas y que también murieron en ella muchos indios totonaques de los que llevaba en su compañía y que todos los pueblos de la sierra de Cempoalla y sus sujetos estaban ya alterados y no querían acudir con ninguna provisión de comida; y que los totonaques también se comenzaban a alterar y que el caso de Juan de Escalante pasó de esta manera: que habiendo los totonaques dejado de pagar el tributo a Motecuhzuma, después de la confederación que hicieron con Fernando Cortés, en saliendo de aquella provincia los capitanes de Motecuhzuma y en especial los de los presidios de la raya de Pánuco se lo pidieron, y aunque respondieron que Fernando

Cortés les había mandado que no lo pagasen más, porque así era la voluntad de el rey, replicaron que poco había que tenía su orden y que si no lo pagaban irían a destruirlos. Acudieron a Juan de Escalante, que envió mensajeros a los capitanes mexicanos rogándoles que no maltratasen aquella gente, pues todos eran amigos. Respondieron que no lo podían excusar. Volvió Escalante a rogárselo, pues aquélla era la voluntad de Motecuhzuma, donde no, que procuraría de defenderlos; y curándose menos de este segundo recado, dijeron que los hallaría en el campo para lo que quisiese. Apercibióse luego Juan de Escalante, salió con cuarenta castellanos que llevaban tres ballestas y dos escopetas, dos tirillos ligeros y poco más de dos mil indios amigos. Halló a los mexicanos en campaña, que eran doblados; llegaron a las manos y a la primera ruciada los totonaques huyeron quedando algunos muertos. Los castellanos, desamparados de los amigos, quedaron peleando. Vencieron a los mexicanos, que como cosa nueva para ellos no pudieron sufrir los filos de las espadas castellanas. Siguiérónlos hasta el pueblo que se llamó después Almería y lo quemaron. Quedó de esta refriega mal herido Juan de Escalante y su caballo muerto y otros seis soldados también mal heridos; y llegado Escalante a la Villa Rica murió de las heridas. Los indios se llevaron vivo a un soldado, llamado Argüello, natural de León, hombre de gran cabeza, barba negra y crespa, muy robusto y de grandes fuerzas y llevándolo a Motecuhzuma (porque esto sucedió antes de la entrada de Fernando Cortés en Mexico), murió de las heridas y porque el cuerpo hedía le llevaron la cabeza y mirándola, como era de hombre robusto, tuvo alguna turbación y no quiso que se ofreciese en ninguno de los templos de Mexico, sino en alguno de fuera, y dijo que se maravillaba cómo siendo los suyos tantos, no vencían a aquellos que eran tan pocos y que quedaba desengañado de que aquellos hombres no eran inmortales, aunque tenían figura de muy valientes; y la turbación que recibió con la vista de la cabeza de Argüello, afirman algunos que fue porque según los pronósticos que tenía, le parecía que habían de ser aquellos hombres los que habían de ocupar su monarquía e introducir otra religión.

CAPÍTULO XLIX. *Que Fernando Cortés envía teniente a la Vera Cruz y se determina aprender a Motecuhzuma*

ABIDO EL CASO, porque convenía poner persona de recado en la Villa Rica, envió Fernando Cortés a Alonso de Grado, hombre de muy buenas gracias, aunque no muy soldado, por alcaide y teniente, y la vara de alguacil mayor dio a Gonzalo de Sandoval, con que por entonces se estuviese en Mexico. Encargóle que mirase por los vecinos y los honrase y no permitiese hacer agravio a los indios amigos, ni se les tomase cosa por fuerza y que le diese mucha priesa en acabar la fábrica de la fortaleza. Llegado Alonso de Grado se llevaba con mucha gravedad con los